

El negro y el perro

Escribe: FERNAN TORRES LEON

—¡Pare, negro cochino!

El grito salta sobre la cerca casi al mismo tiempo que el negro y se pierde en la noche.

—¡Negro ladrón!

El negro corre sin ruido. Aprieta el cuchillo con fuerza y corre. Jadea un poco mientras sus pies descalzos dejan suave huella en la tierra rala y seca del potrero. Solo sus ojos brillan.

*(El negro tiene magia en las manos
—y en los ojos—.*

*Su cuerpo es ágil, elástico
y puede saltar zanjas muy anchas,
pero la magia está en sus manos
—y en sus ojos—.*

*Dos pequeñas bolas blancas, venosas,
con círculos negros;
dos grandes manos de formas imprecisas,
cambiantes, imposibles de aprehender.*

*Cuando el negro baila sus manos
—y sus ojos—*

llenan de magia el salón.

Y cuando el negro ama sus manos

—y sus ojos—

untan de magia a la mujer.

Cuando el negro mata...).

El negro corre dos kilómetros. Está cerca y se detiene. Descansa boca abajo; se tranquiliza lentamente. El cuchillo de zapatería, corto y delgado, continúa apretado entre sus manos. Se levanta. Su paso es lento y largo. Hace menos ruido que antes y nadie podría verlo. Se desliza entre las vacas tendidas sobre la escasa hierba y deja atrás las ruinas y el pozo. Mira las estrellas y calcula la hora. Es temprano todavía. El hombre estará sentado en el corredor con un cigarrillo encendido. Pensará en el negro y en el perro. Dos animales, al fin y al cabo. El uno odiado; el otro, muerto... El negro vio, mientras se agazapaba entre los árboles, cómo el hombre encontraba al perro esa misma mañana. Calculó su dolor y su rabia al verlo muerto, con la boca llena de espuma. El negro también sintió dolor al envenenar al perro. Pero era necesario. Si el perro estuviese vivo, nunca habría podido acercarse tanto a la casa sin que saltase sobre él para llenar la noche de furiosos ladridos y, detrás del perro, el hombre con la escopeta en la mano y la muerte en la mitad de los ojos, como aquella estrella roja que el negro observó cuando niño.

El negro se acuesta boca arriba sobre la pobre hierba y mira las estrellas. Están muy altas y lejanas pero son alegres, acogedoras, amistosas para él que odia el sol porque inunda las calles y los campos y las casas de luz y solo él, el negro, continúa oscuro, impregnado de noche y de magia.

El negro siente pasar el tiempo. Piensa en las estrellas. Abandona un momento el cuchillo y sus manos se tienden para agarrarlas y las persiguen con el rito antiquísimo que sus manos forjan por instinto y que llena de angustia el pequeño corazón del negro. Algo allí dentro se desgarrar, se entreabre un instante y perfila su silueta negra mientras trata inútilmente de brotar como un chorro de luz. El negro lo siente pero no puede ayudar. Presiente la lucha de su instinto y su propia lucha por darle forma y asirlo.

Pero al fin las estrellas llegan al lugar previsto y el negro se levanta. Busca el cuchillo y lo aprieta de nuevo entre sus manos. Camina hacia la casa, casi sin respirar porque el hombre tiene buen oído y se despierta pronto y con él la escopeta y la muerte. Todo duerme, menos el negro que camina. El hombre, tendido en la cama con la bolsita de esmeraldas al cuello

como un escapulario lleno de la mejor magia que conoce el negro, y el perro a un metro del árbol que el mismo negro plantó hace años.

La casa tiene líneas blancas y un escalón que cruje. Despacio, con la punta de los dedos, empuja la madera. Tienta el nudo y el clavo. La puerta cede unos milímetros. El negro se detiene y escucha. Adentro el hombre respira rítmicamente.

El negro empuja. La puerta avanza. Se detiene y escucha. El hombre respira.

El negro empuja. Se detiene. Escucha. El hombre respira. El negro empuja. La puerta avanza. Escucha. El hombre duerme. El corazón del negro palpita. La mano izquierda aprieta el cuchillo.

Empuja. Se detiene. Escucha. El hombre respira. El negro se detiene y su corazón palpita. El hombre cambia de posición y el camastro cruje. El negro tiembla. Espera. Las estrellas suben en el cielo y las manos del negro —y también sus ojos— derraman magia sobre la puerta. Otra vez la respiración del hombre recobra el ritmo. El negro empuja. La puerta avanza. Se detiene. Empuja. Escucha. Empuja. El negro adquiere luz. Su cuerpo suda. Las manos —y los ojos— llenos de magia, brillan. El cuchillo relampaguea. Refleja la muerte en su hoja pulida. Empuja. Espera. Escucha. Allá, bajo la tierra, el perro duerme.

La puerta está entreabierta. El negro presiente la escopeta apoyada en la pared, muy cerca de la cama. Su corazón palpita pero cierra los ojos, cambia de mano el cuchillo y salta.